

Maestro
Maestro

EL PATITO FEO

Versión libre del cuento de Hans Christian Andersen

Ilustraciones: Diego Moscato





A LOS CHICOS DE 1º Y 2º:

Este libro pertenece a la biblioteca de las aulas de 1º y 2º grado.
Cuidalo para que otros chicos puedan disfrutarlo el año que viene.

CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

JEFE DE GOBIERNO
Mauricio Macri

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Esteban Bullrich

SUBSECRETARÍA DE GESTIÓN EDUCATIVA Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
Maximiliano Gulmanelli

SUBSECRETARÍA DE POLÍTICAS EDUCATIVAS Y CARRERA DOCENTE
Alejandro Oscar Finocchiaro

SUBSECRETARÍA DE GESTIÓN ECONÓMICA FINANCIERA
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS
Carlos Javier Regazzoni

SUBSECRETARÍA DE EQUIDAD EDUCATIVA
María Soledad Acuña

DIRECCIÓN GENERAL ESTRATEGIAS PARA LA EDUCABILIDAD
Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

GERENCIA OPERATIVA DE INCLUSIÓN EDUCATIVA
Paula Daniela Colombo

Este material fue elaborado en el marco del Programa **Maestro + Maestro**
Coordinadora General del Programa de Maestro + Maestro: **Mirta Torres**
Selección y adaptación de textos: **María Elena Cuter, Cinthia Kuperman y**
Mirta Torres
Seguimiento y coordinación de la publicación: **Cinthia Kuperman**
Diseño gráfico y diagramación: **María Victoria Bardini**

Andersen, Hans Christian

El patito feo : versión libre del cuento de Hans Christian Andersen / Hans Christian Andersen ; coordinado por Mirta Torres ; María Elena Cuter ; Cinthia Kuperman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Secretaría de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2014.

24 p. : il. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-45748-4-8

1. Narrativa infantil. 2. Cuentos Clásicos . I. Torres, Mirta, coord. II. Cuter, María Elena, coord. III. Kuperman, Cinthia, coord. IV. Título
CDD 863.928 2

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Paseo Colón 255 - CABA

Hecho el depósito que marca la Ley n° 11.723



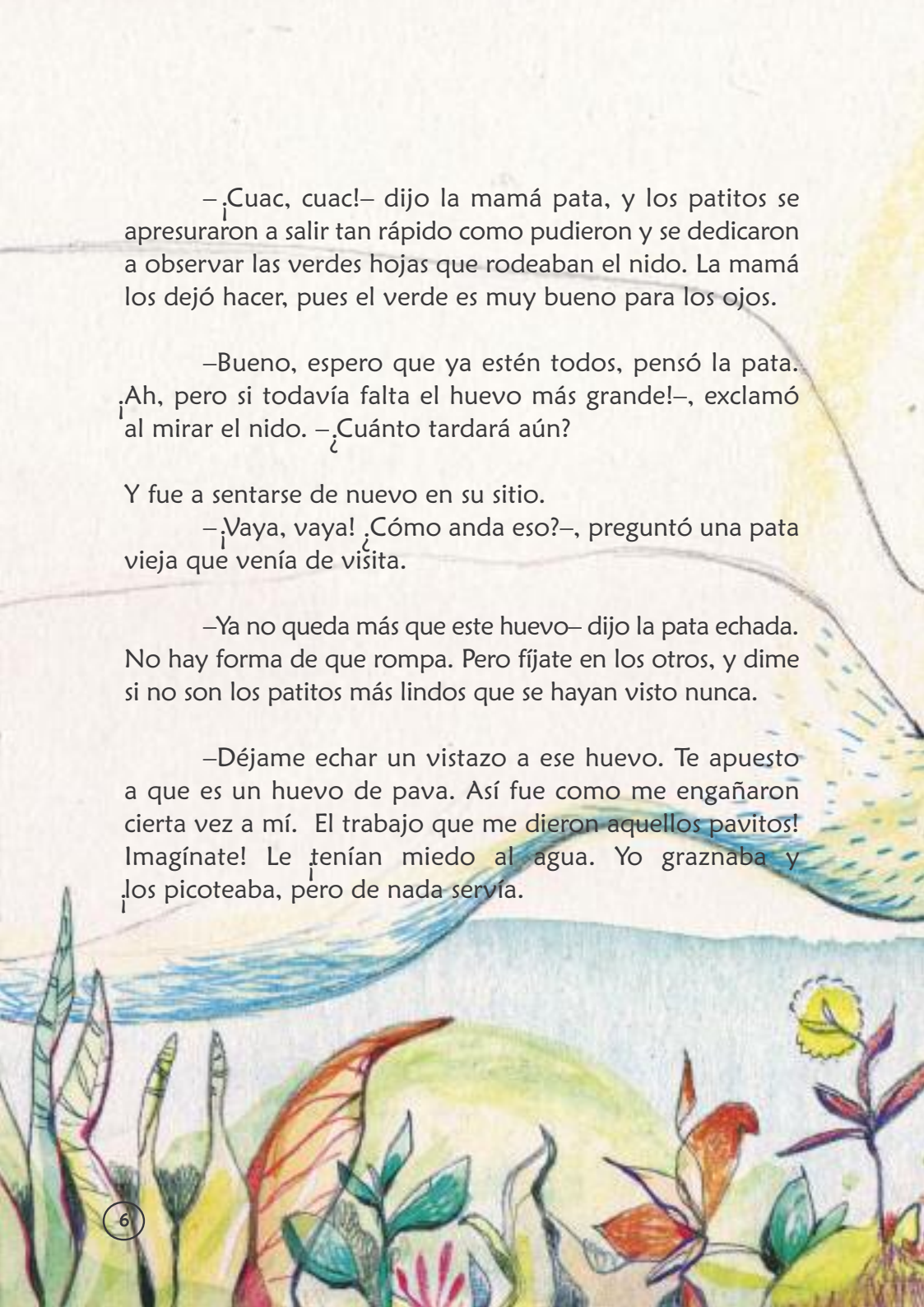
os días del verano eran hermosos. ¡Qué agradable resultaba pasear por el campo y ver el trigo amarillo, la avena verde y las parvas de heno apiladas en la llanura!

Se alzaba a lo lejos una vieja mansión rodeada de un profundo foso; desde sus paredes hasta el borde del agua crecían unas plantas de hojas gigantescas, lo suficientemente grandes como para que un niño pudiese esconderse debajo de ellas. En ese lugar agreste, una pata había hecho su nido. Ya era tiempo de que naciesen sus patitos, pero se demoraban mucho y la pata empezaba a impacientarse porque casi nadie venía a visitarla.

Al fin los huevos se abrieron uno tras otro.

—“¡Pi, pi, pi!”—, decían los patitos al asomar sus cabecitas a través del cascarón.





– ¡Cuac, cuac!– dijo la mamá pata, y los patitos se apresuraron a salir tan rápido como pudieron y se dedicaron a observar las verdes hojas que rodeaban el nido. La mamá los dejó hacer, pues el verde es muy bueno para los ojos.

– Bueno, espero que ya estén todos, pensó la pata. ¡Ah, pero si todavía falta el huevo más grande!–, exclamó al mirar el nido. – ¿Cuánto tardará aún?

Y fue a sentarse de nuevo en su sitio.

– ¡Vaya, vaya! ¿Cómo anda eso?–, preguntó una pata vieja que venía de visita.

– Ya no queda más que este huevo– dijo la pata echada. No hay forma de que rompa. Pero fíjate en los otros, y dime si no son los patitos más lindos que se hayan visto nunca.

– Déjame echar un vistazo a ese huevo. Te apuesto a que es un huevo de pava. Así fue como me engañaron cierta vez a mí. El trabajo que me dieron aquellos pavitos! Imagínate! Le tenían miedo al agua. Yo graznaba y los picoteaba, pero de nada servía.

–De todos modos, me quedaré sobre el huevo un ratito más–, dijo la pata. –He estado tanto tiempo aquí sentada, que un poco más no me hará daño.

–Como quieras–, dijo la pata vieja, y se alejó contoneándose.

Por fin se rompió el huevo. “¡Pi, pi, pi!”, dijo el pequeño, saliendo del cascarón. La pata lo vio y exclamó:

–¡Dios mío, qué patito tan enorme! No se parece a ninguno de los otros. Y, sin embargo, me atrevo a asegurar que no es ningún crío de pavos.



Al otro día, el sol resplandecía en las verdes hojas gigantes. La mamá pata se acercó al foso con toda su familia y, ¡plaf!, saltó al agua.

—¡Cuac, cuac!—, llamaba. Y uno tras otro los patitos fueron saltando tras ella. Se sumergían pero enseguida reaparecían flotando magníficamente. Movían sus patas sin el menor esfuerzo. Hasta el enorme patito feo y gris nadaba con los otros.

—No es un pavo, —pensó la pata. —Nada con elegancia y si uno lo mira bien, se da cuenta de que es muy guapo. —¡Cuac, cuac! Vengan conmigo y voy a presentarlos al corral entero. Pero no se separen mucho de mí, para que no los pisoteen. Y anden con los ojos muy abiertos, por si viene el gato.

—¡A ver!—, exclamó la pata. —Caminen más rápido y saluden con una reverencia a la anciana pata que tiene una cinta roja atada a una pierna. ¡Y digan cuac! ¡Anímense y no metan los dedos hacia adentro! Los patitos bien educados los sacan hacia afuera, como mamá...



Todos obedecieron, pero los otros patos que estaban allí miraron con desprecio y exclamaron:

– ¡Uf!... ¡Qué patito tan feo! Y uno de los patos le dio un picotazo en el cuello.

– ¡Déjenlo tranquilo!,– dijo la mamá. –No le hace daño a nadie.

– ¡Qué lindos hijos tienes, muchacha!–, dijo la vieja pata de la cinta roja. –Todos son muy hermosos, menos uno, al que le noto algo raro.

–No es hermoso, señora–, dijo la mamá de los patitos. –Pero tiene buen carácter y nada tan bien como los otros. Su aspecto va a mejorar cuando crezca. Y con el pico le acarició el cuello y le alisó las plumas.

–Es que sus otros patitos son tan encantadores–, dijo la vieja pata.



Con esos comentarios, todos los patitos se sintieron a sus anchas en el corral. Pero el pobre patito que tan feo les parecía a todos, empezó a recibir picotazos, empujones y burlas, de los patos y de las gallinas.

—¡Qué feo es!—, decían.

Así pasó el primer día. En los días siguientes, las cosas empeoraron. Hasta sus hermanos y hermanas maltrataban al patito y le decían:

—¡Ojalá te agarre el gato, grandulón!



Los patos lo pellizcaban, las gallinas lo picoteaban y, un día, la muchacha que traía la comida para las aves le dio un puntapié.

Entonces el patito huyó del corral. Saltó por encima de la cerca agitando sus alas. Los pajaritos que estaban en los árboles se asustaron y echaron a volar por los aires.

—Es porque soy tan feo!—, pensó el patito, cerrando los ojos. Y siguió corriendo hasta que, por fin, llegó a los grandes pantanos donde viven los patos salvajes, y allí se pasó toda la noche abrumado de cansancio y tristeza.



A la mañana siguiente, los patos salvajes miraron a su nuevo compañero.

—Y tú, ¿qué cosa eres?—, le preguntaron, mientras el patito les hacía reverencias lo mejor que sabía.

—Eres más feo que un espantapájaros!—, dijeron los patos salvajes. —Pero eso no importa, vuela con nosotros si quieres.

¡Pobre patito! Sólo quería que lo dejaran estar tranquilo entre los juncos y tomar un poquito de agua del pantano. Unos días más tarde aparecieron por allí dos gansos salvajes.

—Mira, muchacho—, comenzaron diciéndole, —eres tan feo que nos caes simpático. ¿Quieres venir con nosotros?

Pero en ese instante, por encima de ellos, se escuchó:
¡Bang, bang, bang!



Al eco de los disparos, una bandada de gansos salvajes alzó velozmente su vuelo desde el pantano. Nubes de humo azul se esparcieron por el lugar. Los perros de caza aparecieron chapaleando entre el agua buscando a las presas. Aquello aterrizó al pobre patito feo, que ya se disponía a ocultar la cabeza bajo el ala cuando apareció junto a él un enorme perro: la lengua le colgaba fuera de la boca y sus ojos miraban con brillo temible. Le acercó el hocico, le enseñó sus dientes y de pronto, se fue otra vez sin tocarlo.

El patito dio un suspiro de alivio.

–Por suerte soy tan feo que ni los perros tienen ganas de comerme– se dijo.



Era muy tarde cuando dejaron de escucharse los tiros de aquella cacería. El patito no se atrevía a levantarse. Esperó todavía varias horas y luego se escapó de los pantanos tan rápido como pudo. Echó a correr por campos y praderas.

Hacia el crepúsculo llegó a una pobre cabaña campesina. El viento soplaba ferozmente. En un momento, el patito descubrió un agujero en la tabla de la puerta y le resultó fácil filtrarse por esa estrecha abertura.



En la cabaña vivía una anciana con su gato y su gallina. El gato, a quien la anciana llamaba “Hijito”, sabía arquear el lomo y ronronear; la gallina era una gran ponedora y la anciana la quería como a su propia hija.

Cuando llegó la mañana, el gato y la gallina no tardaron en descubrir al extraño patito. El gato lo saludó ronroneando y la gallina con su cacareo.

–Pero, ¿qué pasa?–, preguntó la vieja, mirando a su alrededor. Nó andaba muy bien de la vista, así que se creyó que el patito feo era una pata. –¡Qué suerte!– dijo. Ahora tendremos huevos de pata.



–¿Puedes poner huevos?–, le preguntó la gallina con desconfianza.

–No.

Y el gato le preguntó:

–Puedes arquear el lomo o ronronear?

–No.

–Pues entonces, no digas ni una palabra delante de las personas sensatas.




Con lo que el patito fue a sentarse en un rincón, muy desanimado. Pero de pronto recordó el aire fresco y el sol, y sintió una gran nostalgia de irse a nadar.

–Creo que me voy a recorrer el ancho mundo–, dijo el patito.

–Sí, vete–, dijo la gallina.

Y así fue como el patito se marchó. Nadó y se zambulló; pero ningún ser viviente quería acercarse a él por lo feo que era.

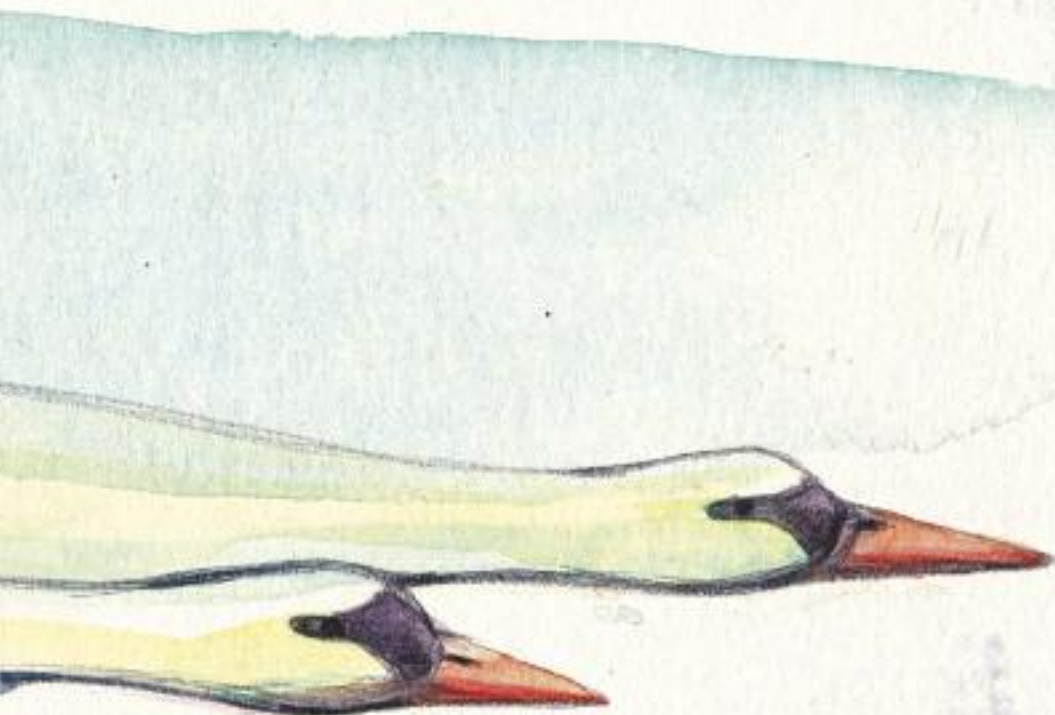




Pronto llegó el otoño. Las hojas en el bosque se volvieron amarillas; el viento las arrancó y las hizo girar en remolinos. El cuervo, que solía posarse en la tapia, graznaba “¡cau, cau!”, de frío que tenía. Sí, el pobre patito feo no lo estaba pasando muy bien.

Cierta tarde, mientras el sol se ponía en un maravilloso crepúsculo, salió de entre los arbustos una bandada de aves grandes y hermosas. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran de una blancura resplandeciente, y tenían cuellos largos y esbeltos. De pronto, lanzaron un fantástico grito, extendieron sus magníficas alas y remontaron el vuelo, alejándose de aquel frío hacia las tierras cálidas.

El patito feo se sintió lleno de una rara inquietud. Jamás podría olvidar a aquellos hermosos pájaros! No tenía idea de cuál podría ser el nombre de las aves y, sin embargo, sabía que eran muy importantes para él.



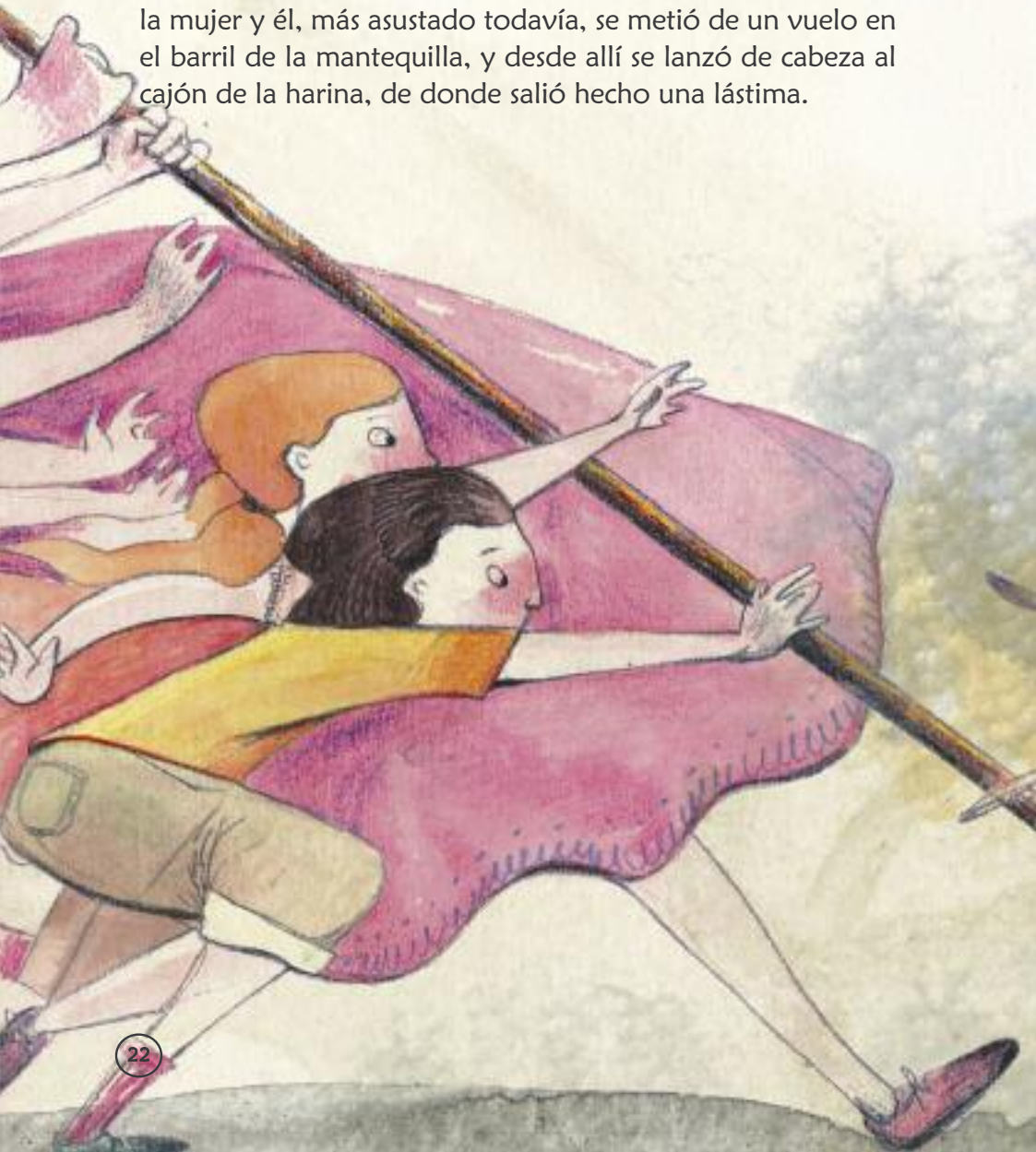
¡Cuán frío se presentó aquel invierno! El patito se veía forzado a nadar incesantemente para impedir que el agua se congelase en torno suyo. Pero cayó una noche una helada tan fuerte que el patito, debilitado por el esfuerzo, se quedó quieto y comenzó a congelarse rápidamente.



A la mañana siguiente, muy temprano, lo encontró un campesino. Rompió el hielo con uno de sus zuecos de madera, lo recogió y lo llevó a casa, donde su mujer se encargó de revivirlo al calor del hogar.



Los niños querían jugar con él, pero el patito feo tenía terror de sus travesuras y, con el miedo, fue a meterse revoloteando en un cuenco de leche, que se derramó por todo el piso. Gritó la mujer y él, más asustado todavía, se metió de un vuelo en el barril de la mantequilla, y desde allí se lanzó de cabeza al cajón de la harina, de donde salió hecho una lástima.

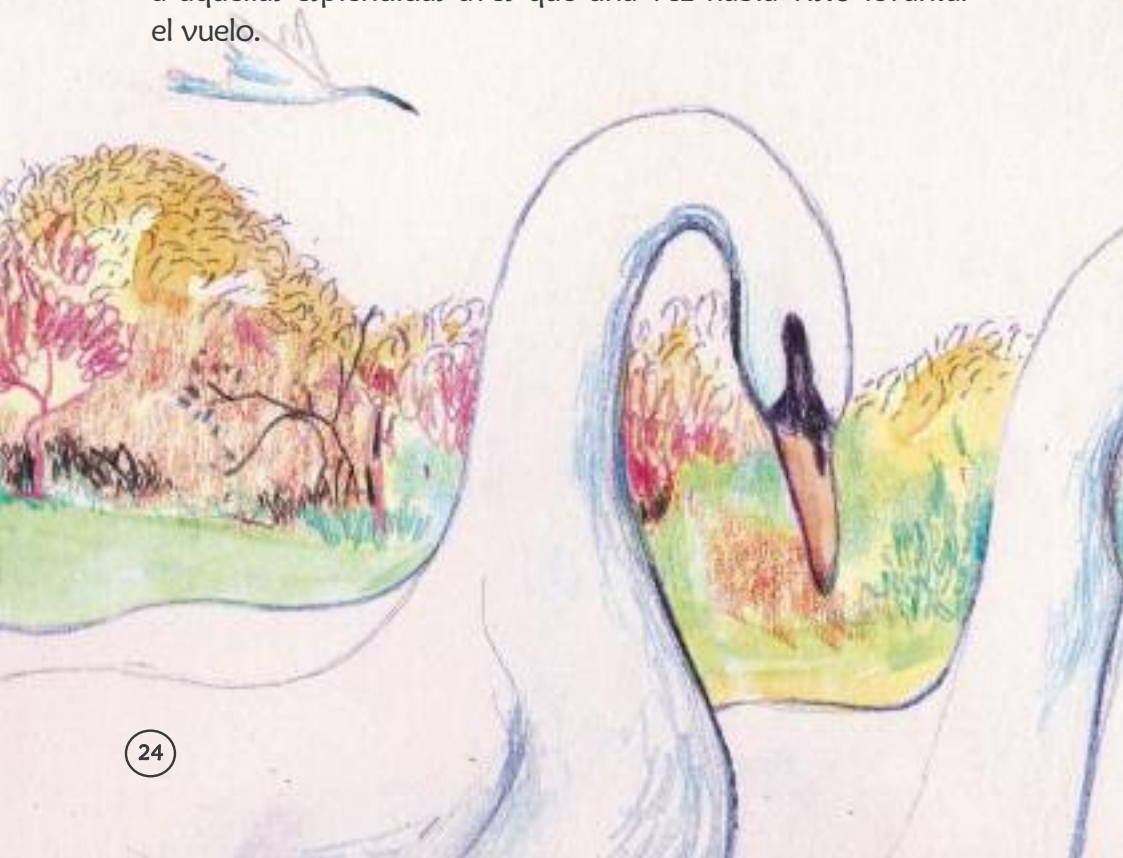


¡Había que verlo! Chillaba la mujer y quería pegarle con la escoba, y los niños tropezaban unos con otros tratando de agarrarlo. ¡Cómo gritaban y se reían! Fue una suerte que la puerta estuviese abierta. El patito huyó corriendo entre la nieve recién caída.



Fueron muchas las penurias que el patito tuvo que pasar durante aquel crudo invierno. Había buscado refugio entre los juncos cuando las alondras comenzaron a cantar y el sol a calentar de nuevo: llegaba la primavera.

Entonces, de repente, probó sus alas: el zumbido que hicieron fue mucho más fuerte que otras veces, y lo arrastraron rápidamente a lo alto. Casi sin darse cuenta, se halló en un jardín con manzanos en flor y fragantes lilas que colgaban de las ramas sobre un claro arroyo. En ese momento, aparecieron frente a él tres hermosos cisnes blancos dejándose llevar con suavidad por la corriente. El patito feo reconoció a aquellas espléndidas aves que una vez había visto levantar el vuelo.



—¡Volaré hasta ellas!— se dijo. —Me darán picotazos por haberme atrevido a aproximarme, feo como soy. Pero, ¿qué importa! Mejor es que ellas me maten a sufrir los pellizcos de los patos, los picotazos de las gallinas, los golpes de la muchacha que cuida las aves y la nieve del invierno.

Y así, se dirigió hacia los hermosos cisnes. En cuanto lo vieron, se le acercaron con las plumas encrespadas.

—¡Sí, mátenme, mátenme!—, gritó el patito, inclinando la cabeza hacia el agua en espera de los picotazos. Pero, ¿qué es lo que vio en el limpio arroyo? ¡Era un reflejo de sí mismo, pero no era ya el reflejo de un ave torpe y gris sino el reflejo de un cisne!



Poco importa nacer en el corral de los patos, siempre que uno salga de un huevo de cisne. Se sentía realmente feliz. Los tres cisnes nadaban y nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.

En el jardín habían entrado unos niños que lanzaban al agua pedazos de pan y semillas. El más pequeño exclamó:

– ¡Ahí va un nuevo cisne! ¡Qué joven y esbelto es!

Y los otros niños corearon con gritos de alegría:

– ¡Sí, hay un cisne nuevo! ¡Es el más hermoso!

Y los cisnes viejos seguían a su lado. Era muy, pero muy feliz. Las lilas inclinaron sus ramas ante él, y los rayos del sol eran tibios y brillantes. Rizó entonces sus alas, alzó el esbelto cuello y se alegró desde lo hondo de su corazón:

– Jamás soñé que podría haber tanta felicidad, allá en los tiempos en que era sólo un patito feo.





Hans Christian Andersen

Hans Cristian Andersen nació el 2 de abril de 1805 en Odense, Dinamarca. Su familia era tan pobre que en ocasiones, siendo niño, tuvo que dormir bajo un puente y mendigar. Sin embargo, tanto su padre, un joven zapatero muy enfermizo, como su madre, que era lavandera, lo alentaron para que desarrollara la gran imaginación que demostró desde muy temprana edad. Cuando era muy joven murió su padre y Andersen dejó de asistir a la escuela. A pesar de ello, se dedicó a leer todas las historias y obras de teatro que pudo conseguir. Con la ayuda de personas adineradas logró estudiar, y en 1828 obtuvo el título de bachiller y comenzó a publicar poemas y obras teatrales.

Se lo recuerda principalmente por sus historias dedicadas a los niños: "El patito feo", "El traje nuevo del emperador", "La reina de las nieves", "Las zapatillas rojas", "El soldadito de plomo", "El ruiseñor", "La sirenita" y muchos otros. Andersen muestra en sus cuentos cómo los personajes más desvalidos son liberados de su sufrimiento por algún ser fabuloso o por una revelación inesperada. Murió en Dinamarca el 4 de agosto de 1875. ☞